

# **Enemigos de la cruz de Cristo**

[biblicom.org](http://biblicom.org)

# Índice

1 - Una advertencia dada en amor y verdad . . . . .	3
2 - Las causas del dolor en el apóstol . . . . .	4
3 - El pecado de estos enemigos de la cruz de Cristo . . . . .	5
4 - Los efectos desagradables de tal conducta sobre el entorno . . . . .	8
5 - El destino reservado a los cristianos profesos . . . . .	12
6 - ¡Una advertencia para todos! . . . . .	13

«Porque muchos andan, de quienes muchas veces os decía, y ahora incluso llorando lo digo, que son enemigos de la cruz de Cristo; cuyo final es la perdición, cuyo dios es el vientre, y la gloria de ellos es en su vergüenza; los cuales piensan en lo terrenal» (Fil. 3:18-19).

El apóstol Pablo es el modelo consumado de un ministro cristiano. Pastor vigilante, se preocupaba constantemente por la grey confiada a su cuidado. No se limitaba a predicar el Evangelio y no creía haber cumplido con su deber al anunciar la salvación; sus ojos siempre estaban abiertos sobre las asambleas que había fundado (2 Cor. 11:28). Seguía con un interés celoso su progreso o declive en el camino de la fe. Cuando tuvo que ir a proclamar el Evangelio a otro lugar, continuó velando y orando por el bienestar espiritual de estas colonias cristianas de Grecia y Asia Menor, que había contribuido a formar en medio de la oscuridad del paganismo. Mientras se encendían nuevas antorchas de la verdad, no podía descuidar las que ya ardían. Así, en este texto, da a la joven asamblea de Filipos una prueba de su solicitud al dirigirle consejos y advertencias.

## 1 - Una advertencia dada en amor y verdad

El apóstol no era menos fiel que vigilante. Cuando discernía pecado en las iglesias, no dudaba en señalarlo. No se parecía a esos numerosos predicadores modernos que se jactan de no haberse dirigido nunca de manera demasiado directa a una congregación, ¡por temor a herir a quienes la componen! De este modo, ponen su gloria en lo que les *confunde*; porque si hubieran sido fieles, habrían expuesto sin temor *todo el consejo de Dios* (Hec. 20:27). Inevitablemente, en algún momento, habrían tenido que hablar con fuerza a la conciencia de sus oyentes. Pablo actuaba de manera muy diferente; no temía atacar de frente a los que pecaban. Tenía el valor de declarar la verdad, y a veces incluso sentía la necesidad *de insistir* en este tema: «De quienes muchas veces os decía, y ahora incluso llorando lo digo, que son *enemigos* de la cruz de Cristo» (Fil. 3:18).

Pero si por un lado el apóstol era *fiel a su palabra*, por otro lado, estaba lleno de ternura. *Amaba de verdad*, como todo siervo de Cristo debería hacerlo, a las almas que tenía a su cargo. No podía soportar que ningún miembro de las congregaciones bajo su responsabilidad se apartara de la verdad, pero tampoco podía reprenderlos sin derramar lágrimas. No podía blandir la vara con ojos secos, ni anunciar el juicio ineludible de Dios con tono frío e indiferente. Las lágrimas brotaban de sus ojos, al

mismo tiempo que los advertía muy seriamente. Su corazón estaba lleno de compasión y amor, su afecto por aquellos a quienes debía censurar le dictaba los reproches que debía dirigirles (Gál. 4:16).

La solemne advertencia que Pablo dirigió en su día a los filipenses en las palabras citadas al principio de estas líneas, también se dirige a nosotros *hoy en día*. ¿No son muchos en las congregaciones = asambleas cristianas aquellos cuya conducta atestigua claramente que son «*enemigos*» de la cruz de Cristo? Este mal, lejos de disminuir en intensidad, gana terreno cada día. Muchas personas profesan piedad, pero ¡ay!, ¡hay mucha *hipocresía*! Nuestras asambleas toleran *en* su seno a personas que no tienen derecho a presentarse como *verdaderamente* cristianas; estarían perfectamente en su lugar en un salón de banquetes de este mundo o en cualquier otro lugar donde reine la disipación y la locura. Nunca deberían mojar sus labios en la copa ni comer el pan, estos símbolos de los sufrimientos del Señor. Tales personas son en realidad «*enemigos*» de la cruz de Cristo, tienen por dios su vientre y sus pensamientos están en las cosas de la tierra. Su conducta está en completo desacuerdo con la santa ley divina. Si el apóstol estuviera hoy en medio de nosotros, ¡cuántas lágrimas derramaría!

## 2 - Las causas del dolor en el apóstol

Busquemos las causas del profundo dolor del apóstol. Este hombre, que derramaba lágrimas de esta manera, no era, como bien sabemos, un espíritu débil, con una sensibilidad enfermiza, siempre dispuesto a emocionarse. De hecho, no lo vemos llorar en ningún lugar de las Escrituras bajo los efectos de la persecución. Cuando los soldados romanos le *rasgaron el lomo con sus varas*, no se le escapó ninguna lágrima de los ojos. Encarcelado, no gimió, sino que cantó himnos. Pero si Pablo no lloraba por los sufrimientos que atravesaba por amor a Cristo, lloraba al escribir a los filipenses.

Las causas de su tristeza eran al menos 3: primero, lloraba por *el pecado* de algunos miembros de la iglesia; segundo, por los *efectos de su mala conducta*; y tercero, al pensar *en el destino que les esperaba*.

### 3 - El pecado de estos enemigos de la cruz de Cristo

En primer lugar, Pablo llora por el pecado de estos cristianos *de forma*, que, aunque *exteriormente formaban* parte de una asamblea cristiana, no caminaban rectamente ante Dios y ante los hombres. Observemos la primera acusación que les hace: tienen *por dios su vientre* (vean también [Rom. 16:18](#)). Su sensualidad era su primer pecado. Ya en la Iglesia primitiva había personas que, después de sentarse a la Mesa del Señor, participaban sin vergüenza en los banquetes de los paganos. Y allí se entregaban sin restricciones a excesos en la comida y la bebida ([1 Pe. 4:3](#)). Algunos se entregaban a las abominables concupiscencias de la carne, sumergiéndose en los «deleites del pecado» ([Hebr. 11:25](#)), que no solo contaminan el alma, sino que infligen al cuerpo un justo castigo ([Rom. 2:27](#)). Otros, sin caer en excesos tan vergonzosos, se preocupaban mucho más por su adorno exterior que por su estado interior ([1 Pe. 3:3-4](#)), deseando halagar al hombre exterior en lugar de mantener la vida del hombre interior. Así, cada uno a su manera, consideraban su vientre como un dios.

¿Nos concierne *menos que* a la asamblea de Filipos este grave reproche? ¿Es imposible encontrar en las reuniones personas que de alguna manera *deifican* su propio cuerpo, rindiéndole un culto idólatra, *al ocuparse* exageradamente del aspecto más material de su ser? ¿No es indiscutible que los hombres, profesando piedad, se dedican a satisfacer sus apetitos sensuales como lo hacen la mayoría de las personas de este mundo? ¿No encontramos a veces entre nosotros aficionados a los placeres de la mesa, a pesar de las advertencias de la Palabra sobre los excesos en la comida y la bebida ([Lucas 21:34](#)), y otros que encuentran su deleite en el confort, el lujo y los placeres del presente ([Tito 3:3](#))? Algunos gastan sin escrúpulos una fortuna para *adornar su cuerpo* perecedero. No piensan que, al adornarse así a sí mismos de manera excesiva, deshonoran al Señor a quien pretenden servir. La Escritura nos dice que «fue desfigurado de los hombres su parecer, y su hermosura más que la de los hijos de los hombres»; «no hay parecer en él» ([Is. 52:14; 53:2](#)). Para algunas personas, lamentablemente, la ocupación de todos sus momentos se limita a la búsqueda de su comodidad. «No prestéis atención a la carne [para satisfacer] sus deseos» ([Rom. 13:14](#)); ¡incluso la convierten en su dios! Sí, hay tales *manchas de escándalo* en las congregaciones ([Judás 12](#)). Algunos hombres se han introducido furtivamente en medio de la grey de Dios ([Judás 4](#)). Han entrado con disimulo «ciertos hombres», como lo hacen las serpientes que se esconden bajo la hierba. A menudo, por desgracia, no se descubren hasta después de infligir dolorosas heridas en la congregación y causar graves daños a la gloria del Señor.

Otro grave reproche que Pablo dirigía a estos cristianos (a menudo profesos sin vida) era estar atados en *sus afectos a las cosas de la tierra*. Queridos hermanos y hermanas, puede que la acusación anterior no haya tenido impacto en nuestras conciencias; pero parece mucho más difícil no sentirse *a título personal* afectado por este nuevo reproche. El mal que el apóstol señala aquí ha *invadido de hecho* hoy en día a la mayor parte de la Iglesia de Cristo. Para convencerse de ello, basta con abrir un poco los ojos. ¿No es una anomalía terrible que los cristianos sean ambiciosos de adquirir las cosas de la tierra? El Señor declaró que el que quiera elevarse (*espiritualmente*) debe *sí mismo humillarse*; y en el pasado los cristianos se esforzaban por seguir siendo hombres sencillos y modestos, asociándose *con los humildes* (Rom. 12:16). Pero actualmente, no se actúa de otra manera. Entre los que se presentan como *los discípulos* del humilde galileo, algunos buscan ascender lo más rápido posible los escalones de la fugaz gloria humana. Su único pensamiento *no es glorificar a Cristo*, sino *glorificarse a sí mismos*.

Personas que, aunque tienen cierta apariencia de piedad, en realidad son tan mundanas como la gente de este mundo. ¿Qué han entendido de la acción santificadora del Espíritu Santo en ellos, que obra para separarlos de este mundo sin Dios? También hay, por desgracia, cristianos avaros (Lucas 12:15; 1 Cor. 5:11). ¡Es una paradoja horrible que la avaricia pueda desarrollarse en un discípulo de Cristo, como fue el caso de Judas! ¿No nos encontramos a menudo con cristianos que no sueltan el dinero con facilidad cuando oyen los gritos de los pobres, aunque sean sus hermanos? *Adornan su amor por el dinero con el nombre de prudencia*; en lugar de comportarse como administradores fieles «en las riquezas injustas» (Lucas 16:11-13), solo piensan en acumular. Incluso entre tales “cristianos” se encuentran hombres inflexibles en los negocios, ávidos de enriquecerse, duros con sus acreedores. ¡Al igual que los fariseos de antaño, no tienen más escrúpulos que ellos en devorar las casas de las viudas! ¿Es posible que haya personas así *en la Asamblea*?

Aunque tales confesiones nos hacen sonrojar de vergüenza, conviene reconocer que la Escritura dice la verdad: entre los que están «a la cabeza», entre los miembros *más respetados* del rebaño, algunos tienen más o menos secretamente sus pensamientos en las cosas de la tierra. Tales males van fácilmente de la mano con un vano formalismo religioso. ¡Cuánto se opone esta forma de vida a la enseñanza de la Palabra de Dios! ¿Hemos comprendido que «vuestra vida está escondida con Cristo en Dios»? (Col. 3:3).

Dios pone a disposición de sus redimidos los recursos indispensables para resistir tal corriente mundana y para estar constantemente guardados de dejar que tales

tendencias se desarrollen en nuestros corazones. Pero los cristianos de nombre invaden cada vez más la Asamblea y propagan sus errores y su triste forma de vida. Por lo tanto, debemos estar atentos y orar continuamente para no dejarnos seducir poco a poco.

El apóstol declara además a estos filipenses que encuentran *su propia gloria en su propia vergüenza*. Es una disposición natural del formalismo: ¡uno llega rápidamente a envanecerse incluso de sus pecados e incluso a considerarlos como virtudes! La hipocresía se confunde rápidamente con la rectitud; un falso celo pasa por fervor. Así, los venenos sutiles que Satanás busca verter en nuestras mentes están revestidos de una bonita etiqueta, y aquellos que los propagan querrían que se los confundiera con los saludables remedios de Cristo. Además, tales personas no dudan en llamar vicio *en otros* lo que ellos consideran una cualidad en sí mismos. Al ver a su «prójimo» cometer la *misma acción* que ellos acaban de realizar, ¡son capaces de mostrarse indignados!

Por otro lado, su celo por cumplir con los deberes *exteriores de* la vida religiosa es a menudo ejemplar; se muestran como los más estrictos sabatistas, los más escrupulosos fariseos, los más austeros devotos. Pero para señalar la más mínima debilidad en la conducta de los demás, nadie supera su habilidad, mientras que ellos acarician cómodamente su pecado favorito (Job 20:12-13). Son los errores *de sus hermanos* los que miran a través de un cristal *de aumento*. En cuanto a su propia conducta, ¡a nadie le incumbe! Creen que pueden actuar mal con total impunidad y si un hermano se atreve a hacerles algunas observaciones, se indignan y gritan calumnia. Las reprimendas o advertencias no tocan su conciencia. ¿No son miembros debidamente conocidos en la asamblea? ¿No cumplen con exactitud todos los ritos y todas las ordenanzas? Entonces, ¿quién se atrevería a dudar de su piedad?

Queridos hermanos y hermanas, ¡no nos hagamos ilusiones! Muchos de los *que se dicen* miembros de la Asamblea corren un gran peligro de acabar en la Gehena si no se arrepienten de verdad y de inmediato. Muchas personas admitidas a la comunión cristiana, que han recibido las aguas del bautismo y se acercan a la mesa santa, pueden incluso tener fama de ser cristianos vivos, pero no por ello están menos espiritualmente *muertos que* cadáveres en su sepulcro. ¡Hoy en día es tan fácil hacerse pasar por hijo de Dios! En cuanto a *renuncia, amor a Cristo y mortificación de* la carne, ¡se muestran tan poco exigentes!

Basta con expresar algunas banalidades piadosas, algunas frases convencionales, para engañar incluso a los verdaderos cristianos. Con una conducta externa respe-

table, que engaña a los más perspicaces, se ha podido adquirir una reputación de piedad bastante bien establecida. Así se camina con el corazón ligero y la conciencia endurecida, por el camino de la perdición. Son cosas humillantes que hay que sacar a la luz, pero, por desgracia, son *ciertas*. Por eso no tenemos derecho a callarlas.

Cuando nos encontramos con estos hombres cuya conducta es vergonzosa, junto a los cuales no nos atreveríamos a sentarnos, ¿no nos escandaliza profundamente oírlos tratarnos sin dudarlos de «hermanos»? ¡Viven habitualmente *en pecado* y, sin embargo, llaman a un cristiano su hermano con descaro! ¡Que Dios los ilumine en tal camino de extravío antes de que sea demasiado tarde! No podemos de ninguna manera *fraternizar con* ellos: es algo imposible hasta el momento en que, bajo el efecto del arrepentimiento, caminen como hijos de la luz, ellos que antes eran «tinieblas» (Efe. 5:8).

Ciertamente, todo hombre que hace de su vientre un dios y cuya gloria está en su vergüenza es gravemente culpable. Pero si este hombre se envuelve además en el “manto de la religión”, conociendo la verdad, y profesa abiertamente ser un siervo de Cristo, ¡es aún *más culpable*! Es un escándalo: este hipócrita busca audazmente mentirle a Dios, sofocando la voz de su conciencia, y declara solemnemente pertenecer al Señor. Todo esto mientras camina según el «presente siglo malo» (Gál. 1:4). ¡Comete las mismas injusticias, persigue los mismos objetivos, utiliza los mismos medios que los incrédulos! Si alguno de nuestros lectores se reconoce en este triste cuadro, que se vuelva sin más demora al Señor, confiese su miseria, con las lágrimas de un verdadero arrepentimiento, y dándose cuenta de la inmensidad de su culpa.

## 4 - Los efectos desagradables de tal conducta sobre el entorno

Si el apóstol lloraba por la culpa de aquellos hombres que, en su mayoría, sin duda, eran cristianos *solo de nombre*, lloraba quizás aún más al darse cuenta de los efectos adversos de su conducta sobre su entorno. Pronuncia una breve sentencia: son «enemigos de la cruz de Cristo». El escéptico, el incrédulo también lo son; el blasfemo, el profano, el sanguinario Herodes también; pero los mayores enemigos de la cruz, los soldados de élite del ejército de Satanás son esos fariseos, a los que el Señor compara con sepulcros blanqueados. Tienen apariencia de piedad, pero están llenos *en su interior* de toda clase de inmundicia (Mat. 23:27).

Parece que al escuchar al apóstol hablar así, todo hijo de Dios debe sentirse profundamente humillado al pensar que los golpes más duros al Evangelio a veces provienen precisamente de *aquellos que dicen ser discípulos*. Debemos sentir un dolor continuo al ver a Jesús despreciado de esta manera por personas que dicen pertenecer a él. «Fui herido en casa de mis amigos» (Zac. 13:6). Estas heridas, dice el Señor, las he recibido de parte de estos hombres que llevan mi nombre, se sientan a mi mesa y *hablan mi idioma*. Ellos son los que me han traspasado, los que me han crucificado, y lo hacen de alguna manera de nuevo con su conducta y sus palabras... Herir voluntariamente a Cristo, actuar de una manera vergonzosa con él, mientras se profesa pertenecerle: ¿es posible cometer un pecado tan odioso? Por desgracia, es más frecuente de lo que pensamos. Es normal tener que luchar contra los adversarios, pero tener que enfrentarse a aquellos que dicen ser aliados y que resultan ser traidores, ¡es humillante! Es normal defender la ciudadela que se nos ha confiado *contra el* enemigo, pero ¿qué pasa si se trata de supuestos amigos que en realidad son traidores? No debemos preocuparnos solo por los ataques externos, sino tener aún más cuidado con los «falsos profetas, los cuales vienen a vosotros disfrazados de ovejas, pero en su interior son lobos rapaces» (Mat. 7:15). Los que presentan la Palabra de Dios deben denunciar tal comportamiento con santo enojo y lágrimas; estos son enemigos de la cruz de Cristo aún más peligrosos que los demás.

Deseamos aclarar este punto indicando brevemente algunos de los efectos desagradables que resultan de la presencia de estas personas en la Asamblea.

En primer lugar, entristecen al Espíritu de Dios y causan daño al Cuerpo de Cristo, es decir, a todos los *hijos de Dios*. Provocan gemidos de dolor en el corazón de los redimidos. Si un incrédulo nos insulta y nos “cubre de lodo” en la calle porque pertenecemos a Cristo, la Escritura declara que somos bienaventurados (1 Pe. 4:14, 16). Pero si alguien que se dice cristiano hace que el manchón de su vida desordenada salpique a nuestro Maestro, nuestro corazón se entristece aún más; una actitud tan escandalosa es más perjudicial para el Evangelio que las hogueras y las torturas. Si un hombre que odia al Señor Jesús nos abrumba con sus maldiciones, no nos preocupemos; pero cuando vemos a uno de estos supuestos discípulos negarlo y traicionarlo, ¿cómo no se afligirá todo verdadero cristiano?

Además, estos falsos hermanos inevitablemente traen divisiones en la Iglesia. Si se remonta a la fuente de las discordias eclesíásticas, se descubrirá que la mayoría de ellas se deben a estos formalistas. Su conducta inapropiada hace que los cristianos fieles se separen de ellos. Habría mucha más unidad entre los hijos de Dios si no se colaran hipócritas entre nosotros; habría más devoción y amor fraternal, si estos

hábilis seductores no nos hubieran obligado, con su actitud engañosa, a mostrarnos reservados con ellos. Además, siempre están dispuestos a hablar mal de los verdaderos creyentes y a sembrar disputas entre ellos. Lo que ha causado el mayor daño a la Iglesia de Dios no son los rasgos mortíferos de sus enemigos declarados; no, son los incendios encendidos secretamente en medio de ella por hombres que ocultan su verdadero estado bajo una máscara de piedad. En realidad, son espías y traidores (Gál. 2:4).

Notemos que tales personas también hacen daño a los incrédulos. Muchos pobres pecadores que comenzaban a volverse hacia Cristo se mantienen alejados de Él al comprobar la escandalosa discordancia entre la conducta y los principios que exhiben algunos de estos *supuestos* cristianos. La piedad naciente se estrella cada día contra tales piedras de tropiezo. He aquí un hecho que confirma, de manera sorprendente, la verdad de lo que acabamos de decir.

Durante su paso por la iglesia de un pueblo, un joven predicador dio un mensaje que pareció causar una profunda impresión en la audiencia. Un joven, en particular, quedó tan conmovido por las solemnes palabras de este predicador, que decidió tener una conversación con él. Lo esperó a la salida de la iglesia y le propuso acompañarlo a la casa donde se alojaría. En el camino, el joven siervo de Dios habló un poco de todo, *excepto* del Evangelio. Grande era la angustia en la conciencia de este joven. Se atrevió a hacerle 1 o 2 preguntas a su compañero sobre la salvación de su alma, pero este respondió con frialdad y evasivas, como si el tema fuera de poca importancia. Finalmente, llegaron a la casa; varias personas estaban reunidas allí. Y de inmediato el predicador entabló una conversación de lo más ligera, que aderezó con fuerza buenos chistes y payasadas. Pronto, seguramente animado por las risas de aprobación que recibían sus bromas, se olvidó hasta el punto de pronunciar palabras que casi podrían llamarse licenciosas. Entonces, indignado, el joven que lo había acompañado se levantó bruscamente y abandonó inmediatamente la casa. Él, que una hora antes lloraba al escuchar hablar del Señor, ahora exclama con rabia: “¡La religión es, después de todo, una mentira! Desde este momento, ya no creo ni en Cristo ni en Dios. Si estoy condenado, que mi alma sea reclamada de nuevo a este hombre, porque será por su medio que se habrá perdido. ¿Se comportaría así este predicador si estuviera convencido de las cosas que enseña a los demás? ¡No! Es solo un vil hipócrita, y de ahora en adelante no quiero escuchar nada ni de él ni de su Evangelio”.

El infeliz *desafortunadamente cumplió su palabra*; sin embargo, en su lecho de muerte, pidió ver de nuevo al joven ministro del Evangelio. Por una coincidencia notable,

este último se encontraba en el pueblo; Dios lo había llevado allí, no lo dudemos, para que comprendiera la gravedad de su pecado. Con su Biblia en la mano, entra en la habitación del moribundo y se dispone a leer y orar cuando este lo detiene: “Ya le he oído predicar una vez, señor”, le dice mirándolo fijamente. “¡Bendito sea Dios!”, responde el ministro, creyendo sin duda que se trata de un alma convertida por su medio. “Que yo sepa, no hay necesidad de bendecir a Dios”, continúa fríamente el enfermo; «¿recuerda haber predicado aquí, tal día, sobre tal texto? –Sí, lo recuerdo perfectamente. Pues bien, señor, temblaba al escucharlo; estaba estremecido, desesperado. Dejé el lugar de reunión con la firme intención de arrodillarme ante Dios y buscar su perdón en Cristo. Luego, el moribundo también recuerda cómo había transcurrido el final de la noche y continúa: “Es a su conducta esa noche a la que mi alma debe estar condenada; ¡tan cierto como que todavía tengo un aliento de vida, lo acusaré ante el tribunal de Dios de ser la causa de mi condena!”. Después de decir esto, el infeliz cierra los ojos y muere. ¡Qué remordimiento para este pobre cristiano!

Un remordimiento similar, temámoslo, pesará algún día sobre la conciencia de muchos *miembros* de la Asamblea. ¡Cuántos jóvenes, de hecho, han sido *desviados de* la búsqueda seria de la verdad por la censura pública, las críticas ásperas y amargas de estos fariseos modernos! ¡Cuántas almas rectas y sinceras han sido prevenidas *en contra* de la sana doctrina por la conducta poco edificante de aquellos que profesan con altivez su adhesión al cristianismo! «Pero ¡ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! Porque cerráis el reino de los cielos ante los hombres; pues vosotros no entráis, ni dejáis entrar a los que van a entrar» (Mat. 23:13). Habéis quitado la llave del conocimiento (Lucas 11:52); cerráis la puerta de la salvación con doble llave por vuestras infidelidades y echáis por vuestra flagrante hipocresía a las almas que estaban dispuestas a acercarse.

Otro efecto deplorable de la conducta de estos cristianos de forma es servir en gran medida a los designios del diablo y de sus seguidores. Lo que dicen los incrédulos en sus libros o discursos tiene una importancia relativa. Ciertamente son hábiles, y lo necesitan para tratar de establecer absurdos y dar al error una apariencia de verdad. Sus ataques tienen poca importancia si se basan únicamente en mentiras. Pero cuando estos malos pastores pueden hacernos reproches merecidos, cuando las acusaciones contra la Asamblea están fundadas, hay que temerlos, y a veces Satanás parece triunfar. Si un hombre se comporta como un cristiano recto e íntegro, pronto desarmará la crítica; si su vida es santa e irreprochable, pronto se cansarán de reírse a sus expensas; pero si su camino es vacilante, si actúa a veces como cris-

tiano, a veces como mundano, proporcionará armas a los adversarios de la verdad y les dará ocasión de blasfemar contra el Evangelio. ¿Quién puede medir los desastres que el demonio ha logrado producir en la Iglesia, valiéndose de la infidelidad de aquellos que, por otra parte, pretendían ser realmente fieles antes de mostrar lamentablemente lo contrario? Decir y no hacer, tener una vida en desacuerdo con los principios proclamados, es mostrar que no somos verdaderos discípulos del Señor (Juan 13:17). ¿Qué temible máquina de guerra se pone entonces a disposición de Satanás para derribar la muralla de la Iglesia! Estemos en guardia, vigilemos constantemente nuestra conducta, para no deshonrar a Aquel a quien profesamos amar.

Antes de concluir, nos apresuramos a dirigirnos a aquellos que tienen opiniones muy firmes sobre *la elección de la gracia*. Creemos, con la enseñanza de las Escrituras, en una salvación absolutamente gratuita, y afirmamos con el apóstol Pablo: «Así que no depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia» (Rom. 9:16). En otras palabras, exaltamos la *gracia soberana* de nuestro Dios. Por tales razones se nos tacha de ultra rígidos, estrechos, pretenciosos... Se nos juzga como la escoria de la tierra, se acusa a tales doctrinas de fomentar el vicio y la inmoralidad. ¿Queremos refutar victoriosamente la calumnia? Busquemos, con toda la ayuda del Señor, vivir de una manera digna de nuestra vocación celestial. Temamos, por nuestras caídas y debilidades, dar pie seriamente a los ataques de nuestros adversarios; en una palabra, tengamos cuidado de no poner en duda las santas verdades que son tan queridas para nosotros y a las que esperamos permanecer fieles hasta la muerte.

## 5 - El destino reservado a los cristianos profesos

Otra causa del profundo dolor de Pablo era pensar en el destino reservado a las personas que, en Filipos, tenían tal conducta: «cuyo final es la perdición» (Fil. 3:19). ¿Entendemos bien, queridos hermanos y hermanas? El *fin* de tales cristianos, que tienen solo una forma exterior, será la perdición. ¡Terribles tormentos serán el destino de aquellos cuya *profesión de piedad* no haya sido más que una mentira! Qué terrible despertar para un alma que, después de haber dado la apariencia de vida de Dios en este mundo, será arrojada con los mentirosos al fuego eterno. Todo esto, después de haber «gustado el don celestial», fueron hechos «partícipes del Espíritu Santo» y «gustaron la buena Palabra de Dios» (Hebr. 6:4-5).

Este formalista puede que haya logrado engañarse a sí mismo, su desilusión será aún más terrible. Sin duda esperaba entrar por las puertas de la nueva Jerusalén, ¡pero se las cerrarán! Se imaginaba que para ser admitido en el salón de bodas bastaría con gritar: «¡Señor, Señor!», y oiría pronunciar contra él esta terrible sentencia: «¡Nunca os conocí! ¡Apartaos de mí! (Mat. 7:23). Aunque hayáis comido y bebido en mi presencia, aunque hayáis entrado en mi santuario, para mí no sois más que extranjeros, y yo lo mismo para vosotros (Lucas 13:26). Tal será inevitablemente el destino de esos supuestos cristianos «cuyo dios es el vientre, y la gloria de ellos está en su vergüenza; los cuales piensan en lo terrenal» (Fil. 3:19).

## 6 - ¡Una advertencia para todos!

Ahora queremos responder a varios pensamientos que pueden surgir después de lo que acabamos de expresar.

Algunos lectores pueden pensar: “Esta es sin duda una advertencia que no perdona a *mis propios* hermanos y a *mis propias* hermanas: es bueno que la escuchen. Son verdades severas que hay que recordar”. Otros dirán: “Estoy totalmente de acuerdo: ¡esas personas que profesan piedad y se hacen pasar por santos son todos unos impostores! Siempre lo he pensado, no hay ni uno que sea sincero”. ¡Dejemos de tener esos pensamientos! ¡El hecho de que haya hipócritas es la prueba irrefutable de que, por otro lado, hay cristianos sinceros! Del mismo modo, ¡no habría billetes falsos en este mundo si no hubiera primero billetes buenos que se intentan imitar! ¿Creen ustedes que se intentaría poner en circulación moneda *falsa* si no hubiera dinero de buena ley por todas partes? Obviamente no. La falsificación prueba la existencia previa de lo que luego se intenta falsificar. Por lo tanto, si no existiera la *verdadera piedad*, tampoco existiría la *falsa*. Y así como el valor de un billete de banco es lo que impulsa al falsificador a reproducirlo, así también la excelencia del carácter cristiano es lo que impulsa a ciertas personas a querer imitarlo. Al no tener la realidad, quieren al menos fingir que la poseen. Al no tener oro puro, buscan tener al menos su apariencia. Lo repetimos, el simple sentido común es suficiente para entender que, si hay falsos cristianos, es porque necesariamente hay, primero, por la gracia de Dios, verdaderos cristianos.

Quizás otros lectores piensan: “Sí, gracias a Dios, hay cristianos sinceros y verdaderos, y tengo la suerte de ser uno de ellos. Nunca he tenido la más mínima duda ni temor al respecto: sé que soy un elegido de Dios. Es cierto que mi conducta no

siempre es la que debería ser, pero me atrevo a afirmar que, si yo no voy al cielo, ¡pocas personas irán! ¡Así que las advertencias que acabo de leer *no me afectan!* Soy miembro de la Iglesia desde hace más de 20 años; tengo el honor de ser considerado un anciano desde hace más de 10 años; gozo de la consideración de mis hermanos, nada puede hacer tambalear mi confianza. ¡En cuanto a mi vecino, es otra cosa! Creo que haría bien en asegurarse de la realidad de su conversión; pero, una vez más, en lo que a mí respecta, todo está bien; estoy tranquilo, perfectamente tranquilo”.

Permítanos decirles que su exceso de confianza nos inspira la más viva preocupación. Si ustedes nunca han tenido dudas sobre la calidad de su piedad, nosotros empezamos a tenerlas; si ustedes *no dudan en absoluto* a veces de su estado real, nosotros no podemos más que temblar por ustedes; porque hemos observado que *todos los verdaderos hijos de Dios* sienten un extremo recelo hacia su estado personal, ¡y temen hacerse ilusiones sobre sí mismos! Nunca hemos conocido a un *verdadero creyente que esté contento con su estado espiritual*: ya que ustedes se declaran satisfechos con el suyo, no podemos, en verdad, poner *nuestra* firma en el certificado de piedad que ustedes se expiden a sí mismos. Puede que estén en muy buen estado; sin embargo, acepten que les aconsejemos que se examinen para ver si están en la fe, no sea que, *hinchados de orgullo*, caigan en la trampa del diablo.

“Nunca demasiado seguro de sí mismo”: este es un lema que se adapta perfectamente al cristiano. Esfuércense por fortalecer su vocación y su elección, pero, por favor, *nunca* tengan una opinión demasiado alta de sí mismos (Rom. 12:3). Guárdense de la presunción. ¡Cuántos hombres, excelentes a sus propios ojos, están quizás en un estado desastroso a los ojos de Dios! ¡Cuántas almas consideradas muy piadosas, según la opinión de los demás miembros de la Iglesia, están profundamente manchadas ante el Santo de los santos! (Is. 6:5). Que cada uno se examine a sí mismo y diga con el salmista: «Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón... Y ve si hay en mí camino de perversidad, y guíame en el camino eterno» (Sal. 139:23-24). Si las advertencias que acaban de escuchar tuvieran como resultado hacer nacer en sus pensamientos *humildad*, comprométanse a orar para que Dios les ayude a ver claramente su estado real, ¡bendeciremos al Señor por habernos permitido dirigir este mensaje a ustedes!

Por último, seguramente entre nuestros lectores hay algún espíritu ligero y despreocupado al que le da igual pertenecer o no a Cristo. Él cuenta con vivir como en el pasado, olvidándose de Dios, despreciando sus advertencias y burlándose de Él. ¡Insensato y ciego como es! Llegará un día en que su risa se convertirá en llanto, ¡en el que sentirá la necesidad vital de esa fe que hoy desprecia! A bordo del barco de la

vida, navegando tal vez en un mar en calma, ahora se olvidan de la balsa salvavidas; pero si el temporal ruge, y si aún hay tiempo, ustedes querrán precipitarse desesperadamente en ella a cualquier precio. Ahora no tienen en cuenta al Salvador: ¡les parece no tener necesidad de Él! Pero cuando la muerte venga a apoderarse de ustedes, solo tendrán ante sí la perspectiva de la ira divina (Hebr. 9:27). ¡Ustedes, que ahora no quieren orar a Cristo, buscarán gritarle! ¡Ustedes, que ahora se niegan a llamarlo, le suplicarán, dirigiéndoles llamadas desesperadas! El corazón de ustedes, que ahora no siente ningún deseo de poseerlo, experimentará entonces una angustia inexpresable... «¿Por qué moriréis, casa de Israel?» (Ez. 18:31; 33:11), preguntaba el Señor. ¡La misma pregunta se les hace a ustedes!

¡Que el Señor quiera traerles de vuelta a Él y hacerles unos de sus sinceros, uno de sus *verdaderos* hijos, para que su fin no sea la perdición, sino que sean salvados ahora y por la eternidad!